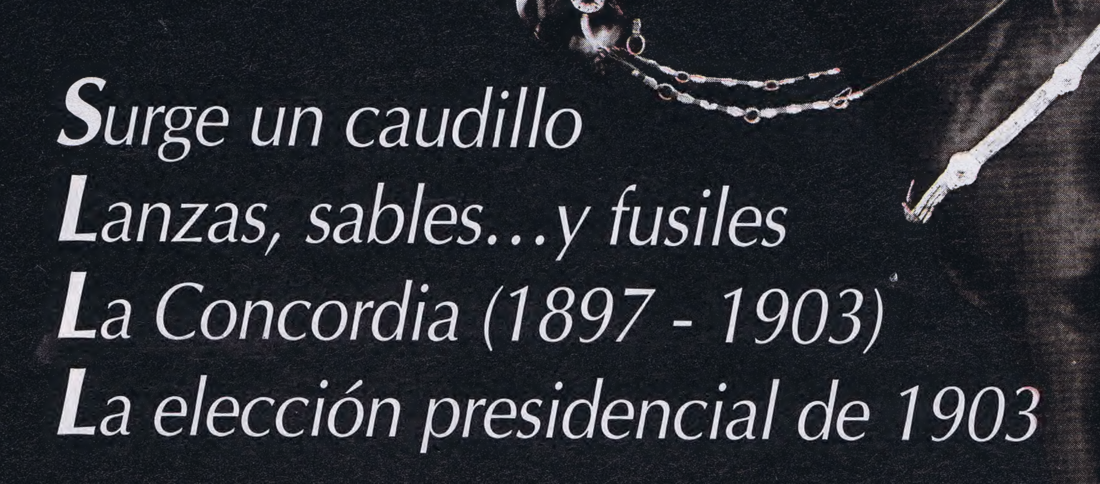


HISTORIA del URUGUAY en IMÁGENES

SARAVIA: DE LA REVOLUCION A LA COPARTICIPACION



Surge un caudillo
Lanzas, sables…y fusiles
La Concordia (1897 - 1903)
La elección presidencial de 1903



La resistencia nacionalista y sus antecedentes

Las revoluciones saravistas de 1897 y 1904 fueron el final de un largo proceso iniciado treinta años antes, cuando el Partido Colorado tomó el poder en 1865 al triunfar la «Cruzada Libertadora» de Venancio Flores y continuó –al decir de su sucesor, el General Lorenzo Batlle– «con la bandera colorada al tope». Sabido es que en esos años fueron muchos los blancos que emigraron a Río Grande del Sur, al litoral argentino o a Buenos Aires, y que muchos de ellos no regresaron. La «Revolución de las Lanzas» (1870-1872) de Timoteo Aparicio (ver pág. 23, cap. 9) fue una explosión defensiva que nunca se propuso –ni podía proponerse– tomar el poder ni establecer un gobierno blanco, sino lograr mínimas condiciones de supervivencia y alguna posibilidad de coparticipar en el manejo de la cosa pública.

La Paz de Abril de 1872 estableció algunas de esas condiciones, especialmente a través del reparto de Jefaturas de Policía, que se ha calificado de «feudal» sin reparar que de esa forma tan heterodoxa se aseguraba la representación parlamentaria de la oposición, ya que al designarse cuatro Jefes de Policía blancos entre los trece departamentos existentes en el momento, aproximadamente un tercio de los miembros de cada cámara serían blancos. Porque si algo era indudable –aunque no estuviese escrito en ningún lado– era que, en los departamentos con Jefe de Policía blanco, los blancos ganarían las elecciones ... La idea de que a través del voto podían establecerse gobiernos representativos, no había entrado todavía en la mente de aquellos paisanos y ni siquiera en la de muchos «dotores» que proclamaban altos principios.

Durante la época principista de las «cámaras bizantinas» (ver pág. 24, tomo 10) el enfrentamiento se civilizó, pero no por ello fue menos duro. Con los gobiernos de Santos, quien se proclamó desde el poder «Jefe del Gran Partido Colorado» y de Julio Herrera y Obes, se volvió a «la bandera colorada al tope». Sólo durante el severo gobierno del Coronel Latorre las luchas partidarias parecieron amainar.

Pero durante el gobierno de Idiarte Borda, presunto continuador de la «influencia directriz» de su antecesor, el enfrentamiento interpartidario alcanzó su máxima tensión. Además ahora los blancos tenían un nuevo caudillo: Aparicio Saravia.

Es en medio de ese clima que se desarrolla la primera gran revolución saravista cuyas consignas fundamentales no eran la conquista del poder para los blancos sino el voto secreto y la representación proporcional, que serían bases de la democracia uruguaya.



Imágenes de tapa
Ayudantes de Saravia, Eladio Muñoz, Dr. Luis Ponce de León, Ramón Mercader y Fernando Guerrero.
General Aparicio Saravia hacia 1897.

Miembros del Ejército colorado en el campamento de La Cruz, setiembre de 1897.



Surge un caudillo: Aparicio Saravia

Saravia era hijo de una numerosa familia de hacendados riograndenses que se habían establecido en los departamentos fronterizos. Hay muchas anécdotas que ilustran desde su juventud acerca de su coraje, picardía y simpatía. Pero resulta imposible de entender el ascenso meteórico de Saravia al liderato del Partido Blanco si no consideramos el prestigio legendario que le dieron sus campañas junto a su hermano Gumersindo, nacido en Río Grande del Sur y que fue jefe de la Revolución Federalista Riograndense. «Sólo o homem da fronteira sabe que a fronteira nao esiste» decía un viejo riograndense, aludiendo a la ambigüedad de aquella línea presuntamente divisoria que unía más que separaba.

El verdadero bautismo de fuego de Aparicio tuvo lugar, pues, entre los años 1892 y 1894, cuando acompañó a su hermano en las campañas revolucionarias riograndenses. Gumersindo murió en una batalla, en pleno campo. Frente al cadáver del difunto, los caudillos riograndenses eligieron a Aparicio Saravia como jefe para sucederlo. La revolución ya estaba derrotada por las tropas del gobierno de Río de Janeiro, pero la difícil tarea de Aparicio fue eludir la persecución de las tropas del gobierno y llevarlas a un lugar seguro, en donde pudiesen disolverse sin ser exterminadas. Y eso fue, precisamente, lo que hizo. A comienzos de 1896

▲ *El General Aparicio Saravia con un grupo de revolucionarios.*

El octogenario Coronel Cicerón Marín –veterano de la Guerra Grande y de la Revolución de las Lanzas– al mando de la División 8 (Los Maragatos), es recibido por el pueblo de San José de Mayo en el paso de los Carros el 28 de Setiembre de 1897. Manuel Galvez, testigo ocular de la revolución describía a Cicerón Marín como un «hombre singular (...) Pasase la vida refunfuñando, renegando y hechando palabrotas. Algunas se harán famosas entre los oficiales y soldados que las comentan divertidamente. Es también díscolo, rabioso, camorrero. No aguanta pulgas. Pero es de muy buen fondo y muy recto. Ha peleado desde chiquito...» ▼

Aparicio Saravia regresó a su estancia de El Cordobés, en el departamento de Cerro Largo, envuelto en una aureola que lo distinguía entre los varios aspirantes a la jefatura del Partido Blanco, que desde 1873 también se llamaba Partido Nacional.

En 1897 Aparicio Saravia tenía cuarenta y un años. Era de estatura mediana, tez blanca, pelo lacio y castaño y tenía unos ojos muy vivaces, que tal vez fuesen el rasgo más distintivo de su fisonomía. Campechano, siempre con una sonrisa a flor de labios, gustaba hablar un lenguaje que iba constantemente de lo directo a lo ingenioso, dejando muchas veces perplejo al oyente, que tardaba en captar el verdadero sentido de sus palabras. La sonora carcajada, característica del caudillo, solía coronar aquellos diálogos llenos de humor y picardía. Su simpatía humana, su profundo conocimiento de la psicología de nuestro hombre de campo y su inverosímil coraje físico cautivaban a los paisanos que, a su lado, se sentían amparados y protegidos, además de respetados fuera cual fuese su condición social. Presumido y galanteador, compraba en frascos grandes el agua de colonia con que solía perfumarse en fiestas y reuniones a las que era muy afecto. Más que un general en el sentido clásico, Saravia era un «vecino alzado», en el que la particular inteligencia del criollo se manifestaba especialmente en las soluciones ingeniosas e imprevistas. Tremendo en el sorpresivo ataque frontal a lanza y sable –se dice que en Río Grande había atravesado a dos hombres de un mismo lanzazo– era endiablado y más peligroso aún en las retiradas, en las que era capaz de disolver un ejército de miles de hombres en una hora y reunirlo días después a muchos kilómetros de distancia.

Ante la oposición que suscitaba el gobierno de Idiarte Borda, Saravia se vió inmediatamente involucrado en los preparativos revolucionarios. Durante casi toda su actuación tuvo la oposición del sector más doctoral del partido blanco, más propenso al acuerdo que a la revolución. En una oportunidad, habiéndose alegado la falta de recursos para emprender la acción revolucionaria, Aparicio bajó a Montevideo y en la mesa del Directorio de su partido, puso todos los títulos de propiedad de sus campos y los de sus hermanos dejando atónitos a los concurrentes.


Aparicio Saravia.


2ª Compañía del Batallón de Cazadores, siendo el Jefe el Coronel R. Flores, y el 2º Jefe el Teniente Octavio Pérez.

El 96 y el 97

Ya en 1896, pretextando la inauguración de clubes, Saravia y sus hermanos realizaron grandes concentraciones de paisanos armados que empezaron incluso a recibir instrucción militar. Cuando en el año 1897 se inició efectivamente la revolución, Saravia había hecho ya su ensayo general.

Tuvo unos cuantos colaboradores importantes, entre ellos el Coronel Diego Lamas, militar uruguayo que había realizado sus estudios en la Argentina y que renunció a todo para ponerse al servicio de la revolución. La gente del Comité de Guerra establecido en Buenos Aires lo mandó para «poner en vereda» a los Saravia y a sus diabluras. Pero, aún siendo muy diferente, Lamas congenió con el General y le prestó una ayuda invalorable. Saravia tenía nociones generales del arte de la guerra, y reunido con su estado mayor diseñaba sobre el mapa el plan de batalla y distribuía los mandos. Pero una vez hecho esto y ante el pavor de sus propios asistentes, Saravia montaba en su caballo tostado y, con sombrero y poncho blanco, se iba a recorrer personalmente la primera línea de fuego. De nada valían las consideraciones de sus ayudantes, en el sentido de que el General no podía estar al alcance del fuego enemigo, porque el caudillo, siempre con alguna salida de buen humor, espoleaba su caballo hacia la vanguardia. Este arrojo temerario producía un efecto electrizante entre sus tropas, a las que alentaba con su desparpajo en medio de las balas enemigas, pero contenía en sí mismo un riesgo que podía –y finalmente pudo– poner en riesgo la suerte de todo el movimiento.



Carmelo Cabrera, ingeniero agrimensor y hombre de confianza del General, realizó prodigios volando puentes de ferrocarril, capturando trenes enemigos y construyendo puentes flotantes improvisados, incluso varios sobre el río Negro, que posibilitaron a los ejércitos revolucionarios una movilidad superior a la que el enemigo podía atribuirle. Carlos Percovich realizó instalaciones precarias de telégrafo cerca de la frontera que le permitieron a Saravia mandar órdenes a lugares distantes en cómicas combinaciones de telégrafo y chasques.

Dentro del Partido Blanco y aún en medio de la adoración que suscitaba el caudillo,



El Coronel revolucionario y agrimensor Carmelo Cabrera, fue el encargado de diseñar y construir los puentes que permitieron en diversas ocasiones al ejército revolucionario escapar a la implacable persecución de las fuerzas gubernistas. Como ejemplo se puede mencionar el puente flotante de 116 metros que construyó sobre el Río Negro en menos de una semana. Por el mismo pasaron miles de hombres y caballos a un ritmo de 350 por hora. Estos puentes eran desarmados una vez que los revolucionarios cruzaban los ríos o arroyos.

Al centro de la foto Aparicio Saravia. En su "Con divisa blanca", Javier de Viana hace un retrato del caudillo blanco: "No es un hombre, es un símbolo; no es una idea, es un sentimiento. En el ánimo de todos los hombres que trabajan en mi tierra, Aparicio Saravia aparece como la representación de la virtud. Es el águila engarbada, es el yatay mas alto de las selvas patrias y su voz resuena en toda la extensión de la tierra charrúa, con la sonoridad de la voz de la justicia. Se le puede vencer, se le puede matar, pero no se encontrará sepulcro a su medida y perdurará en la memoria de sus compatriotas y su nombre se grabará al lado de los más grandes nombres que echan luz, desde la sombra del pasado sobre el presente de la patria".

Divisiones revolucionarias de Maldonado y de Canelones acampadas en Sayago. Fue una de las poquísimas ocasiones en que la guerra llegó tan cerca de la capital oriental.

surgieron en su momento –y subsisten hasta hoy– críticas a la conducción saravista, acusándola de nepotismo, es decir, de favorecer a sus hermanos y parientes colocándolos en los cargos de mayor responsabilidad aún por encima de auténticos, valiosos y probados caudillos regionales. Tal vez haya en esto cierta verdad explicable por razones de confianza y también, aunque sea inconscientemente, por ese celo que tiene todo aquel que manda –sea un ejército, una empresa o un cuadro de futbol– por evitar el surgimiento de eventuales rivales.

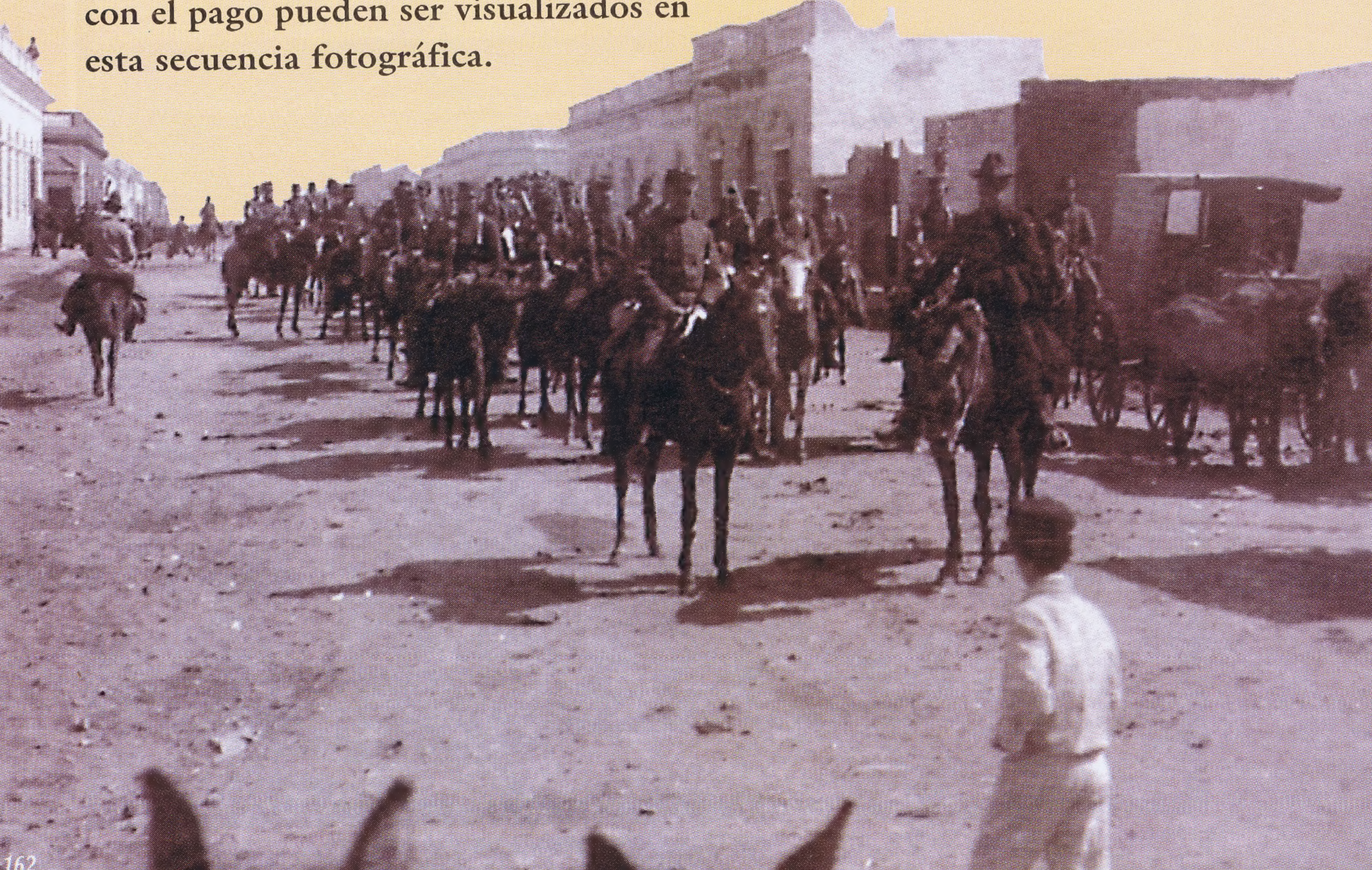
LOS PAGOS DEL '97 Y EL '4

La comisión encargada del pago a los revolucionarios. Entre otros aparecen los Sres. Sosa, P. Galarza, Martín Suarez, Roca y el doctor Pedro Figari.

En las cláusulas de paz de las revoluciones del '97 y el '4 figuraba un punto donde se establecía que una comisión mixta nombrada de acuerdo por el Gobierno y el Comando Revolucionario, distribuiría entre los soldados y oficiales insurrectos determinada cantidad de dinero por el concepto de "gastos de guerra". Este acto ponía punto final a la guerra civil. Diferentes momentos y personajes relacionados con el pago pueden ser visualizados en esta secuencia fotográfica.



Con gran expectativa, los revolucionarios aguardaban la llegada del dinero y la comisión pagadora. En 1897, ni Lamas ni Saravia aceptaron la parte que les correspondía. Saravia ni siquiera presenció el acto.



Desde varios días antes, provenientes de distintos puntos del país, los soldados de Saravia llegaban al lugar de la cita donde establecían el campamento. En esta secuencia apreciamos al jefe revolucionario Juan José Muñoz y parte de su batallón.

Llegada del coche en el cual se conducían los fondos para pagar a los revolucionarios en una calle del entonces pueblo de Nico Pérez, escoltado por un escuadrón al mando del Comandante Serrato.

LANZAS, SABLES... Y FUSILES

Otro de los problemas básicos de la revolución era el del armamento. Era muy frecuente que hubiese muchos más hombres que armas y que mientras el ejército del gobierno ya tenía cañones y ametralladoras, muchos revolucionarios tuviesen que luchar simplemente con su lanza. Profundo conocedor de las labores del campo, Saravia pensó que el momento de la esquila era la oportunidad ideal para iniciar el alzamiento.

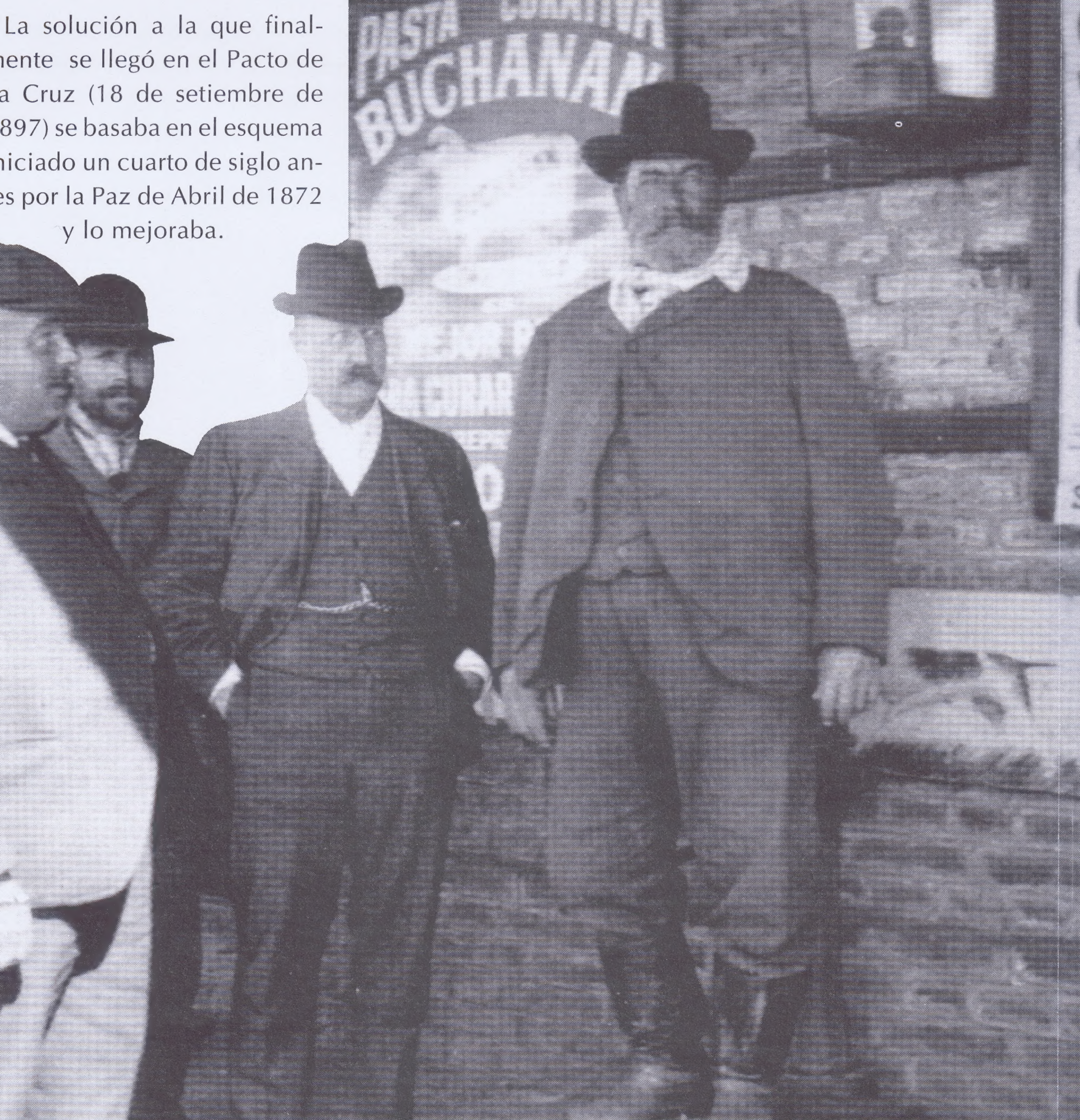
Y en ese sentido, escribe a un amigo que cuando estén esquilando y estalle la revolución, se debían partir en dos las viejas tijeras de esquilar para sacar de ellas dos lanzas que, enastadas en cañas de tacuara, constituían armas temibles.

Observando en el mapa los derroteros de las fuerzas revolucionarias resulta claro que su objetivo no era, ni podía ser, tomar Montevideo y conquistar el gobierno –tentación siempre peligrosa de la que el caudillo desconfiaba– sino obligar al gobierno a negociar. Ese sería el momento de regatear las condiciones básicas indispensables para que pudiese llegarse al voto secreto y a la representación proporcional, que garantizarían que la lucha no se diese más en las cuchillas sino en las urnas.

Cuando el asesinato de Idiarte Borda –al que felizmente fue ajeno el Partido Nacional– removió el principal obstáculo para la paz, ésta se produjo.

La solución a la que finalmente se llegó en el Pacto de La Cruz (18 de setiembre de 1897) se basaba en el esquema iniciado un cuarto de siglo antes por la Paz de Abril de 1872 y lo mejoraba.

Ahora los departamentos, en lugar de ser trece, como entonces, habían llegado a ser dieciocho, por lo que para mantener la proporción aproximada del tercio, a los nacionalistas debían corresponderle seis Jefaturas de Policía departamentales. Los departamentos elegidos: Rivera, Cerro Largo, Treinta y Tres en el norte y San José, Flores y Maldonado en el sur, respondían también a un cierto reparto de áreas territoriales.





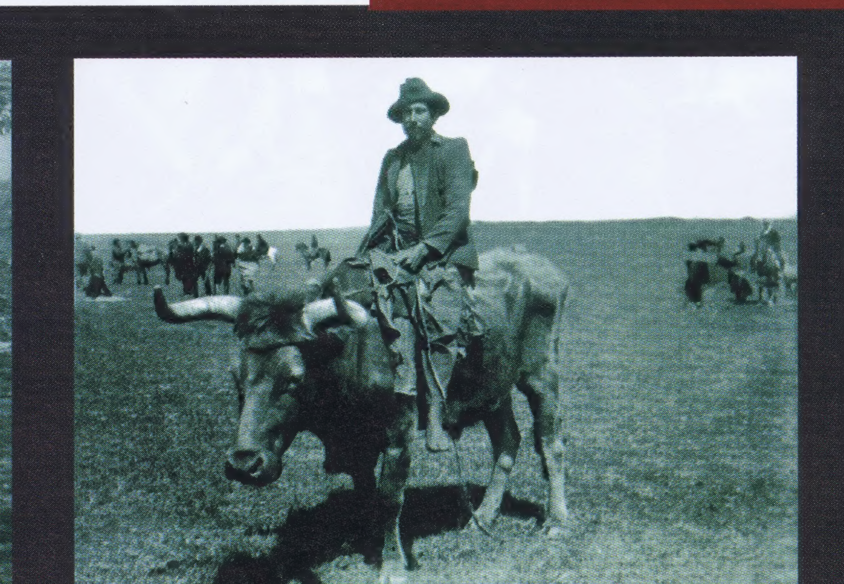




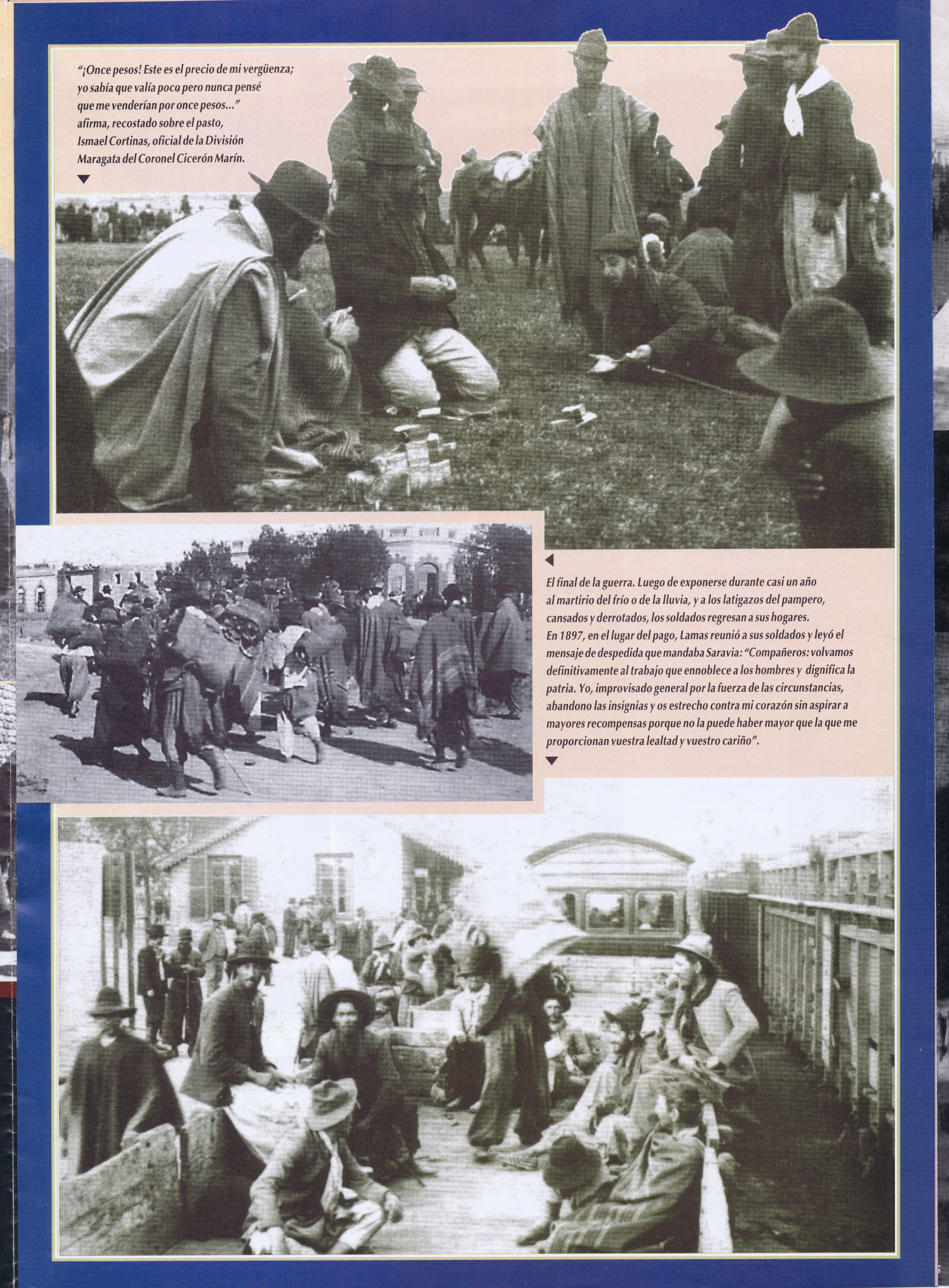
Escuadrón de guardias de Canelones escoltan una partida de armas expropiada a los revolucionarios.

El Coronel González, aprovecha a pesarse mientras espera en la estación de tren la llegada de la comisión pagadora.

El Ministro de Guerra, Teniente General Eduardo Vázquez, los Sres. Samuel Blixen, Alberto Gómez Flores, y el Coronel Aurelio Islas, aguardan en la estación del tren.







"¡Once pesos! Este es el precio de mi vergüenza; yo sabía que valía poco pero nunca pensé que me venderían por once pesos..." afirma, recostado sobre el pasto, Ismael Cortinas, oficial de la División Maragata del Coronel Cicerón Marín.

El final de la guerra. Luego de exponerse durante casi un año al martirio del frío o de la lluvia, y a los latigazos del pampero, cansados y derrotados, los soldados regresan a sus hogares. En 1897, en el lugar del pago, Lamas reunió a sus soldados y leyó el mensaje de despedida que mandaba Saravia: "Compañeros: volvamos definitivamente al trabajo que ennoblece a los hombres y dignifica la patria. Yo, improvisado general por la fuerza de las circunstancias, abandono las insignias y os estrecho contra mi corazón sin aspirar a mayores recompensas porque no la puede haber mayor que la que me proporcionan vuestra lealtad y vuestro cariño".

Cuestas

En la habitación al lado de la que yacía el cadáver del asesinado Idiarte Borda, Juan Lindolfo Cuestas, un hombre sesentón, corpulento, hemipléjico, con muchos años de experiencia administrativa y, aparentemente, sin condiciones notorias para el mando, asumió inmediatamente la Presidencia y la jefatura efectiva del Partido Colorado. La moción de Julio Herrera y Obes en el Senado para que la Asamblea General designase un presidente provisional fue desestimada e inmediatamente el nuevo gobierno, con inusitada rapidez, había entablado conversaciones con los revolucionarios. Las manifestaciones populares celebrando la paz fueron multitudinarias y los sectores productivos del agro, que habían temido tanto por sus cosechas, rebaños, alambrados, animales de pedigree y otras inversiones, dieron un suspiro de alivio.

La unificación del gobierno en torno a la figura de Cuestas sólo fue resistida por los restos del «colectivismo» de Julio Herrera y Obes, que perdía cada vez más su influencia y por pequeños grupos como el encabezado por el ex-Presidente Tajes. Por otra parte, las rencillas dentro del nacionalismo entre el Directorio doctoral exiliado en Buenos Aires y el caudillo, que habían pasado por momentos muy difíciles, se recomponían, y la autoridad de Saravia resultaba indiscutida. Sólo cabía esperar que ese equilibrio fuese duradero.

La Concordia (1897-1903)

Los años que corrieron entre el Pacto de La Cruz de 1897 y la presidencia de Don José Batlle y Ordóñez en 1903, fueron de equilibrio y de edulcorada concordia. Saravia, por su parte, se estableció en su estancia de El Cordobés, viajando ocasionalmente a Melo pero dedicándose a sus actividades rurales en las que introdujo notables mejoras modernizadoras. La relación entre ambos líderes, que representaban uno al país colorado y otro al país blanco, se resolvió naturalmente a través de la intervención de Don Pedro Echegaray. Este era un importante hacendado colorado, amigo de Cuestas y amigo también de Saravia. Don Pedro viajaba regularmente de Montevideo a Melo y de allí a El Cordobés, en donde permanecía unos días para luego regresar. A través de ese contacto amigable, Cuestas y Saravia se intercambiaban pedidos, reclamaciones, protestas, advertencias, todo lo cual era trasmitido fielmente por Echegaray, que trabajaba por el mantenimiento de la paz y de la concordia entre el gobierno y la oposición. A pesar de que hubo algunos asuntos enojosos, el «cogobierno» funcionaba bien y los legisladores blancos acataban las indicaciones de Saravia cuando había que votar iniciativas del gobierno.

El 2 de marzo de 1899, Cuestas ocupa legítimamente la Presidencia de la República para el período 1899 - 1903 al recibir en su apoyo el voto unánime de la Asamblea General. Amplios sectores de la población se vuelcan a las calles para demostrar su adhesión al Presidente.

No obstante, a medida que avanzaba el tiempo, se planteaba con insistencia la pregunta de qué iba a pasar cuando terminase el mandato de Cuestas. La iniciación de las obras de construcción del puerto de Montevideo y otros progresos materiales, parecían apuntar a un futuro promisorio, pero el trámite político se complicaba. Por otra parte, la promesa del gobierno de reformar la legislación electoral tendiendo hacia el voto secreto y la representación proporcional se veía como de difícil cumplimiento, dado que las cámaras en ejercicio habían sido electas bajo la «influencia directriz» de Julio Herrera y Obes y no estaban dispuestas a colaborar en la tarea. Cuestas se vió así enfrentado a una difícil situación.



Aquí apreciamos un cañonazo, resultado de la sublevación de 1898.

El golpe de estado de 1898

En consulta con el Partido Blanco y con hombres independientes de todos los partidos, entre los que se incluía Don José Batlle y Ordoñez, el Presidente Cuestas resolvió dar un golpe de estado en 1898 y disolver el parlamento para poder realizar una nueva y más libre elección. Nombró entonces un Consejo de Estado de 88 miembros que asumió las tareas legislativas en el interregno y en ese cuerpo participaron representantes del Partido Nacional, del Partido Constitucional y de los grupos colorados no sometidos a la tutela de Julio Herrera. Poco después, en 1899, se realizaron nuevas elecciones de las que salió un parlamento más representativo de la verdadera coyuntura política, en el cual el «colectivismo» quedó reducido a su mínima expresión.

Reunida la Asamblea General para designar un nuevo Presidente de la República, Juan Lindolfo Cuestas resultó electo por amplísima mayoría como Presidente constitucional para el período de 1899 a 1903. Solucionado el trauma institucional, el proceso de coparticipación y pacificación continuó durante cuatro años más. En ese sentido el año 1900, con toda su redondez, no significó ningún corte importante en la vida del país. El verdadero corte vendría después, en 1904.

▲ Manifestación popular bajo los balcones de Juan Lindolfo Cuestas celebrando la paz de 1897 que ponía fin a la primera revolución del caudillo blanco Aparicio Saravia.

El 15 de Julio de 1898 los montevideanos se despiertan con la noticia de la sublevación contra el Gobierno de Cuestas de la Artillería de Plaza y la Artillería Ligera. Mientras que la Ligera pone sitio al Cuarto de Cazadores, algunos ciudadanos se dirigen al Cabildo en busca de armas con el objetivo de defender al gobierno. La imagen muestra las secuelas de este intento de golpe de estado que finalmente no prosperó.
▼

Empiezan a aparecer los candidatos

Al acercarse el fin del mandato de Cuestas, quedó planteado otra vez el problema de la sucesión del poder. Dentro del Partido Colorado, que estaba en el gobierno y que tradicionalmente había ganado las elecciones, surgieron tres candidaturas. Una de ellas fue la del Doctor Juan Carlos Blanco, prestigioso abogado, que luego de un pasaje por el Partido Constitucional había retornado al Partido Colorado. Otra fue la de el señor Eduardo Mac Eachen, importante hacendado colorado del Departamento de Rivera, que gozaba de la amistad del Presidente Cuestas. La tercera fue la de Don José Batlle y Ordóñez, ex-diputado, ex-jefe de policía de Minas y Director, desde 1886, del diario «El Día».

El Partido Blanco, que descartaba la posibilidad de lograr la mayoría, no tenía un candidato oficial. Por otra parte, tanto Saravia como el Directorio estuvieron omisos en planear una estrategia que les permitiese incidir, con sus treinta y siete votos en la Asamblea General, en la elección de un presidente de concordia.

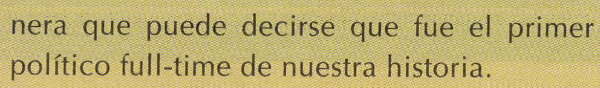
Cuestas, por su parte, se negaba a hacer ostensible preferencia alguna entre los candidatos colorados, a pesar de que todos querían contar con su favor, ya que tradicionalmente el apoyo oficial era decisivo. Fue en esa situación de incertidumbre que Don José Batlle y Ordóñez empezó su campaña presidencial.

Batlle

Batlle había nacido en 1856 y era hijo del General Lorenzo Batlle, ex-Presidente de la República, hombre de ascendencia catalana y cuyo padre, José Batlle y Carrió, había sido un poderoso comerciante de los últimos tiempos de la dominación española,



El 20 de mayo de 1898, como consecuencia de una caída del caballo, muere el Coronel Diego Lamas, militar de carrera, jefe revolucionario, compadre y amigo de Aparicio Saravia. Tal vez el único hombre en quien confiaba plenamente el caudillo blanco. Saravia no «bajó» a la capital para el entierro del amigo, aunque siempre llevó en su pecho, hasta el día de su muerte, un relicario con la imagen de Lamas. En esta foto se visualiza una manifestación nacionalista luego del entierro.



dueño de un importante molino en la zona de la Aguada, próximo a donde hoy está situado el Colegio de la Sagrada Familia.

El joven Batlle había realizado estudios universitarios que casi le permitieron terminar la carrera de abogado. Pero luego la política y particularmente el periodismo político fueron absorbiendo a Batlle de tal manera que puede decirse que fue el primer político full-time de nuestra historia.

Batlle había realizado, como todos los jóvenes de su clase y de su época, un viaje a Europa, que en su caso no tuvo mayores repercusiones. Era un joven corpulento, medía más de 1.90 y pesaba posiblemente más de 100 kilos. Sus zapatos número 45 eran las delicias de los caricaturistas. Muy lector, apasionado por los temas filosóficos y científicos, solía asistir a los debates que sobre esos tópicos se realizaban en el Ateneo, en el Club Universitario, en el Club Católico y en otras instituciones similares.

Es importante tener en cuenta lo que ya se ha mencionado en más de una oportunidad acerca de la escasa participación popular en las elecciones presidenciales y el carácter indirecto de éstas.

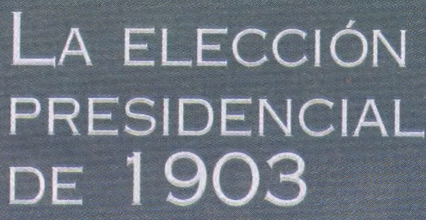
Según relata su amigo el Dr. Domingo Arena, Batlle planificó cuidadosamente sus almuerzos con todos los legisladores, a todos los cuales solicitó el apoyo a su candidatura. Las cuentas de los almuerzos realizados eran cuidadosamente guardadas por Arena.

Revolucionario y conservador al mismo tiempo, Batlle y Ordoñez utilizó a lo largo de tres décadas el aparato del estado para modernizar el país. Al tiempo que propulsa las primeras leyes obreras, lucha por la liberación de la mujer, y milita contra la iglesia, Batlle admira al incipiente imperio americano y no puede o no "quiere" evitar la guerra civil de 1904. Hombre polémico y ambivalente, sin lugar a dudas su pasaje por la vida pública marcó un antes y un después en la historia del Uruguay contemporáneo. Aquí lo vemos en su quinta intercambiando ideas con un amigo, acompañado por su perro.



A pesar de los convulsionados tiempos políticos por los que atraviesa la República hacia finales de siglo, estas representantes del «bello sexo» se las arreglan para pasear por el Río San José.





La elección presidencial de 1903

Los demás candidatos colorados también trataban de consegir el apoyo de los legisladores, pero su preocupación fundamental era lograr el apoyo oficial. Entre los blancos, como se ha dicho, el desconcierto era total y ni Saravia ni el Directorio daban instrucciones claras a los electores blancos sobre una estrategia para el Partido.

No cabe la menor duda de que esta falta de decisión, tanto de Saravia como del Directorio –amén de otros factores más profundos– fue lo que llevó al dirigente blanco Eduardo Acevedo Díaz, uno de los adalides del Partido Blanco en el '97, a votar por Batlle junto con siete compañeros, creyendo que era el mejor candidato para el país e incluso para la futura relación con el Partido Nacional.

Para mayor seguridad, Batlle promovió una reunión entre los candidatos colorados y logró un acuerdo por el cual el que tuviese más votos en la bancada, debía ser votado por todos los legisladores colorados. Cuando llegó el día de la votación, se realizó la reunión previa de la bancada colorada y Batlle obtuvo la mayoría que le garantizaba la totalidad de los votos de su partido. Por las dudas, los votos de Acevedo Díaz y sus amigos coronaron la hábil estrategia política de Don Pepe, quien fue elegido Presidente.

El primer problema que se planteó fue el de las Jefaturas de Policía, que Batlle intentó cubrir, en parte, con partidarios de Acevedo Díaz, lo que provocó la protesta del Partido Blanco. En el Pacto de Nico Pérez se acordó que de las seis jefaturas políticas blancas, cinco serían cubiertas de acuerdo con las autoridades partidarias y una quedaba para los partidarios de Acevedo Díaz, que fueron expulsados del partido. Curiosamente, iba a ser un incidente fronterizo el que provocase la guerra. Pero el choque entre las dos potencias políticas emergentes era inevitable.



Dos fotografías, dos retratos sociales, dos definiciones de vida. Arriba, familia inserta en el medio rural hacia 1895. Abajo un grupo de amigos perteneciente a la burguesía urbana se recrea paseando por el Río San José en tiempo de entreguerras (febrero de 1898).